

el de los pueblos primitivos, ni el expresionismo, tienen con las manifestaciones artísticas de la esquizofrenia otra relación que una cierta semejanza. La esquizofrenia no produce—como quiere *Bürger-Prinz*—aptitudes artísticas; durante el brote ni aptitudes ni expresión, y solamente luego, cuando aquel se apacigua, el enfermo empieza a dibujar coloreando sus dibujos con el recuerdo del brote, como los recuerdos juveniles colorean la vida de tantos hombres. Pero aún entonces sus manifestaciones artísticas elementales no tienen de común con el garrapateo del niño más que el traducir la impulsión, de una afectividad tensa, a exteriorizaciones motrices. Y en cuanto al arte moderno la verdad es que—como quiere *Prinzhorn*—el arte ha de tener—quierase o no—un sentido, una pretensión, un porqué o un hacia qué, que se nos escapa en la interpretación del arte esquizofrénico. Lo que tiene de típico el arte esquizofrénico es justamente este no poder entrar en su sentido, ese no poder comprenderlo a la luz de una norma. En el expresionismo, la simbólica, el geometrismo, la tendencia a hacer del tiempo una perspectiva son orientaciones guiadas desde fuera, desde una norma, con un sentido que podemos comprender—sintonicemos o no con el propósito—; en el arte esquizofrénico, en cambio, las cosas son como son porque el tiempo y el espacio vivido están rotos dentro de él, sin que eso tenga que ver con modas del día ni normas ajenas. Ya dice *Bürger-Prinz* que una determinada característica del pensamiento esquizofrénico puede ser importante en un tiempo, y muchas ideas de un tiempo están también en la mente del enfermo; pero la analogía no pasa de ahí.

Si prescindimos de esa diferenciación vamos a te-

